*Sara Pataslargas*

Suzie siempre fue mi mejor amiga. Esto es algo que sé desde que recuerdo, y que no se puede negar. Suzie fue la que más jugó conmigo. Había otras, claro, pero ella me prefirió a mí.

Mira, hoy vamos a la plaza. Su mano aferra la mía. Ambas rozamos con nuestros pies el pasto. A Suzie le gusta quitarse el calzado, para sentir la hierba con sus dedos. Una vez se clavó una espina, una espina roja, gruesa como un lápiz, pero no lloró. Suzie es muy fuerte.

Hay un viento terrible cera de los columpios. Nos sentamos juntas, y lo utilizamos para movernos. Suzie ríe. ¿Mencioné que es mi amiga? Es mi mejor amiga. Arriba hay nubes grises, como truenos. Pronto va a llover. Odio la lluvia, pues me vuelve pesada. También odio los baños, porque me marean. Pero a veces no se lo puede evitar. Y debo estar limpia o Suzie podría retarme. Podría decir:

*“¡Eres una puerca, Sara Pataslargas!”*

O, si se halla de buen humor:

*“Tú necesitas un buen enjuague, señorita.”*

Y yo me sentiría capaz de llorar. Por eso me preocupo un poco mientras nos columpiamos, para no resbalar de sobre sus piernas. Y vamos hacia arriba, dejando el suelo atrás, como si surcáramos los cielos en un avión de papel. Suzie cierra los ojos. Le gusta cerrarlos, y yo prefiero tenerlos bien abiertos para ver las nubes. Nubes grises, esta vez, pero a veces nubes blancas como algodón, infladas, que en ocasiones forman conos de helados, elefantes, tazas de porcelana y sonrisas. Nos seguimos columpiando. Suzie está muy calma. No hay nadie en la plaza.

De pronto hay algo. Algo como un estruendo. El columpio se sacude con un chirrido, y yo resbalo y caigo al suelo. De cara contra el suelo. Y caigo en un barro espeso, ensuciándome toda. Y se oye algo extraño, distinto, apagado como un llanto.

Yo también quiero llorar, pero espero hasta que Suzie me levante para hacerlo. Pero Suzie no viene. ¿Dije ya que es mi mejor amiga? Pero no viene. Y yo quisiera que viniera, que me alzara y me examinara con ojos atentos y dijera *“¡Sara Pataslargas, habrá que bañarte!”*

Pero no lo hace. No soy capaz de darme vuelta. Y las primeras gotas de esa tormenta que se formaba caen sobre mí, escurriéndose por mis ojos de botón.